

contra sus principios, no ménos que contra los nuestros. No hablo aquí de los Judíos, porque son tan poco numerosos, que no podriamos hacerlos entrar en cuenta, y tambien porque generalmente son tan ricos que tienen tantas escuelas isrraelitas cuantas quieren. La cuestion versa únicamente entre los cristianos y los hombres SIN DIOS; por tanto, en Francia, la cuestion está del todo resuelta.

Luego preguntar á los padres y madres de familia: “¿Es necesario que la escuela á que enviáis vuestros hijos, sea una escuela cristiana?” es tener anticipadamente seguridad de un SÍ casi unánime.

Y los que se atreven á responder NO, los que quieren imponer su sistema á la casi unanimidad de sus conciudadanos, esos son unos insensatos y unos perturbadores, que la conciencia pública rechaza con indignacion.

Si en los de arriba el buen sentido patriótico no estuviera oscurecido por las preocupaciones volterianas y por la ambicion personal, esas locuras criminales no podrian producirse impunemente. Son crímenes de lesa-patria.

V.

POR QUÉ LADO PECAN LOS RACIOCINIOS DE LOS ENEMIGOS DE LA ESCUELA CRISTIANA.

Nuestros demagogos y nuestros ideólogos, parten todos, más ó ménos, de esta idea *archifalsa*, ó que no hay religion verdadera y necesaria, ó que Nuestro Se-

ñor Jesucristo no es Dios hecho hombre como lo afirman á la vez sus palabras y sus milagros; ó, en fin, que la Iglesia y el Sacerdote, ministro de la Iglesia, no están encargados por Dios mismo de enseñar á todos los hombres á practicar la verdadera Religion, la Religion de Jesucristo.

Cuando se les dice esto levantan el grito.

“Nada de eso, dicen; solamente queremos que la Iglesia y la escuela no se confundan; queremos que la Religion se enseeñe en la Iglesia, y que no se haga mencion de ella en la escuela; cada uno en su casa; he ahí lo que queremos.”—Sí, sin duda, cada uno en su casa; y nosotros, como vosotros, tampoco queremos confundir la escuela con la Iglesia, el instructor con el Sacerdote. Pero una cosa es la *confusion*, y otra cosa es la *union*. Nosotros queremos que la escuela esté *unida* a la Iglesia.

Y así como por la “*escuela*” entendemos, no la casa donde se da á nuestros hijos la instruccion primaria, sino precisamente esta instruccion misma, así por “*Iglesia*” entendemos, no la iglesia material, la Casa ‘de oracion, sino la Iglesia docente, el Sacerdote que representa á la Iglesia y es el ministro de la Religion.

“¿Cada uno en su casa,” nos dicen? Sí, cada uno en su casa; pero hay *alguno* que, en cualquiera parte que esté, está en su casa, y que, con justicia, no puede echarse de ninguna parte; este es Dios, es Jesucristo, Dueño y Señor.

En la escuela más que en ninguna otra parte, está “*en su casa*.” Efectivamente los niños á quienes el maestro de escuela enseña á leer, á escribir, á contar, etc., ¿esos niños no son de Jesucristo? ¿No son bautizados, no son unos pequeños cristianos? ¿No los ha rescatado Jesucristo en la Cruz con el precio de toda su sangre? ¿No son hijos de la Iglesia? Esto es un hecho, un hecho evidente. ¿Quién se atreverá á negarlo?

Luego Jesucristo, en la escuela, está en su casa. Luego la Iglesia, en la escuela, tiene también su lugar, su gran lugar, su principal lugar. La Iglesia está allí, no para enseñar á sus hijos á leer y á escribir, sino para inspirarles la obediencia y el respeto á sus maestros, para formar sus jóvenes espíritus y sus tiernos corazones; para vigilar que la enseñanza que se les dé sea conforme en todos sus puntos, no solamente á la fé propiamente dicha, sino al espíritu cristiano.

He ahí por que la Iglesia tiene un derecho absoluto, superior, inalienable, sobre la enseñanza y la educación de la juventud, y, por consiguiente, sobre la escuela donde se dan esta enseñanza y esta educación.

Que no nos vengan á decir que la Iglesia nada tiene que ver en la escuela, y esto bajo el pretexto de que la "Religion nada tiene que ver con el alfabeto, ni con las cuatro reglas, ni con la gramática, ni con la geografía." No ciertamente; pero en la escuela ella tiene muy bien que ver otras cosas, y cosas de otro modo mas importantes que todo eso.

No lo olvidéis: lo que hay en el fondo del pensamiento de esas gentes, moderadas en apariencia, que piden la separación de la Iglesia y de la escuela, es el odio de la Iglesia el odio de Jesucristo, el odio de Dios y de la Religion. En nada creen, no quieren, para la Francia, ni Religion, ni Sacerdotes, ni Dios.

Se imaginan estar simplemente fuera de Jesucristo; pero eso es una quimera, é ignoran lo que el Hijo de Dios tiene formalmente declarado: "*Quién no está conmigo está contra mí.*" Ellos no están con Jesucristo, luego están contra Jesucristo. Pidiendo que la escuela no sea ya de Jesucaisto, piden, sabiendo ó sin saberlo, que la escuela sea contra Jesucristo.

Finjan la mano tan suave como quieran, no por eso dejan de ser Gatos, y Gatos de buenas uñas; que, si llegan á conseguir "la separación de la escuela y de la

Iglesia," ya no tendrían luego cosa más urgente que pedir á esa fuerza ciega que se llama "el Estado," que la destrucción de la Iglesia, el poner fuera de la ley á los Sacerdotes y todo lo que es cristiano. Testigos los revolucionarios de 1789, que, después de haber alcanzado la "separación de la Iglesia y del Estado," llegaron de aquí, en menos de dos años, á decretar la supresión de la Iglesia por el Estado, y á poner fuera de la ley á los Obispos y Sacerdotes fieles! Testigos también nuestros Comuneros de 71, que, después de haber arrancado los Crucifijos de todas las escuelas, no tuvieron cosa más urgente que hacer sino violar nuestras Iglesias, apriacionar y asesinar nuestros Sacerdotes.

Luego, en el fondo de esa cuestión de la escuela, para quien sepa reflexionar, no hay más que una cuestión de fé, y si los revolucionarios, de cualquiera rango que sean, la cortan en un sentido opuesto al nuestro, es censillamente porque no tienen fé; porque ignoran á Jesucristo, ó porque le aborrecen.

¡Padres y madres de familia: ved, pues, la inmensa importancia de esta cuestión, tanto para el presente como para el porvenir.

VI.

POR QUE Y COMO LA RELIGION ES EL ALMA DE LA EDUCACION DE LOS NIÑOS Y POR CONSIGUIENTE DE LA ESCUELA.

Porque ella les enseña lo que es de la mayor importancia para su felicidad en este mundo y en el otro.

Porque les enseña, y esto infaliblemente de parte de Dios, á creer lo que es verdadero, á amar lo que es bueno, á admirar lo que es puro; á respetar y amar la autoridad de sus padres; á ser buenos y castos; á conservar buenas costumbres: á ser laboriosos, fieles, concienzudos, á satisfacer primeramente el deber que el placer; á evitar todo lo que pueda corromper ya el espíritu, ya el corazón.

La Religion hace todo esto en donde quiera que se la deja obrar; y sola ella tiene el poder de operar este bien y de apartar ese mal. ¿Qué es en efecto la moral sin Religion? Una teoría enfadosa, grandes palabras, y á lo más una honradez exterior que apenas basta para no ser ahorcado.

“Sin la Religion, decia en otro tiempo Napoleon I, hombre poco devoto, como todo el mundo sabe; pero de buen sentido y de ingenio: sin la Religion, los hombres se degollarían por la mujer más bella, ó por la pera más grande.

Sin la Religion no hay fé ni moral; sin la fé y sin la moral, no hay educacion.

Educar un niño, ¿qué otra cosa es, si no formar su espíritu, dándole la verdad y la buena doctrina, y formar en él su corazón, haciéndole primero conocer el bien, y después amarlo y practicarlo? Ahora bien, la primera y la más importante de todas las verdades, ¿no es evidentemente la verdad religiosa que nos enseña lo que somos, por qué existimos, á dónde vamos? que nos enseña la ley de las leyes, la ley divina, que nos hace conocer lo que debemos hacer y lo que debemos evitar para ir al cielo y para no ir al infierno? ¿En comparacion de esta ciencia, decídme, qué son esas otras ciencias de que se hace en el día de hoy tanto alarde? Del mismo modo el primero, el más importante de todos los bienes, ¿no es el bien moral, es decir, la pureza del corazón y de la conciencia? Esta verdad, este bien, se extiende á todo, como la luz y el calor del sol que lo alumbra y fecundiza todo sobre la tierra.

Nosotros somos cristianos; nuestros hijos están bautizados, son cristianos; para ellos no hay educacion seria sin la bienhechora intervencion de la Religion, y por consiguiente, de la Iglesia; y en consecuencia, del Sacerdote. Siendo la Iglesia, con la familia, el santuario de la educacion, quererle excluir de ella la Religion y la Iglesia, es querer excluir de ella á Dios; es querer excluir de ella la educacion. Ahí está, por otra parte, la experiencia que lo prueba todos los días, en todo lugar: las escuelas sin Dios son, más ó menos, unos focos de corrupcion, de inmoralidad más ó menos encubierta, pero que fermenta; donde es casi imposible que un niño conserve su inocencia; donde solo el temor mantiene alguna apariencia de orden; donde el niño aprende á detestar la autoridad del maestro; donde la patria no ve más que un semillero de comuneros sin fé y sin ley.

Lo repito: sin la Religion no hay educacion. Luego la escuela debe ser cristiana, y cristiana ante todo. Exi-

gir ésto es un deber de conciencia para los padres y madres de familia, no ménos que para el Sacerdote. Va de por medio la salvacion de los niños.

VII.

POR QUE LA ENSEÑANZA CLÁSICA ES INSEPARABLE DE LA EDUCACION RELIGIOSA.

Porque el espíritu es inseparable del corazon. No amamos sino lo que conocemos, sino lo que vemos que es bello, noble, bueno, digno de estimacion y de amor. El corazon sigue á la cabeza. Y verdaderamente la enseñanza es quien forma á la cabeza, es decir, es la que hace conocer al espíritu todo lo que le es útil saber. De ahí la inmensa importancia de no dar jamás otra cosa de alimento al espíritu del niño, más que la verdad. El error corrompe al espíritu, como el vicio corrompe al corazon.

“Pero, dicen, cuando un maestro de escuela enseña el Alfabeto y la Gramática, la Aritmética y otros ramos de su programa, casi nunca puede engañarse; y aun cuando se engañase respecto de algunos pormenores, ¿qué mal podria esto causar en el espíritu de sus discípulos? Parece que nada tiene que hacer la Religion en esto.”—Está bien; pero, como ya lo dijimos ántes, no es esto de lo que se preocupa la Iglesia. De lo que ella se preocupa en la enseñanza que se da en la escuela, es desde luego, de que, con ocasion de ciertos

ramos de esta enseñanza, tal como la historia y algunos otros elementos de ciencia natural, no vaya á dar el maestro á los niños nociones falsas y peligrosas, bajo el punto de vista religioso. De lo que ella se preocupa, es de que los libros, sobre todo los libros de historia, no sean verídicos, ortodoxos, y de que contengan, como tan frecuentemente sucede, calumnias contra el Clero y la Religion.

Al enseñar la historia de Francia, por ejemplo, cuántas falsedades detestables contra los Papas, contra los Sacerdotes, contra los Ordenes religiosos, contra la influencia de la Iglesia, no hace entrar todos los días en el espíritu de sus pobrecitos discípulos, un maestro irreligioso ó simplemente ignorante, de los que, desgraciadamente, hay más de uno? Y esas falsedades, esas mentiras frecuentemente dejan huellas que no se borran jamás!

De cien niños que, desde su salida de la escuela, se burlan de Dios, que causan la desolacion de sus padres, que se abandonan al mal, se puede decir con seguridad, que los noventa de ellos han bebido el gérmen de esas rebeliones, en las malas ideas que se les han dado en la escuela, no ménos que en las malas costumbres que pululan en las malas escuelas.

Si quereis que vuestro hijo viva y crezca en el bien, hacedlo desde luego vivir y crecer en la verdad; y la verdad es, ante todo, la verdad cristiana, el conocimiento de Dios y de su ley.

“Pero, dicen tambien, esa verdad, es el Sacerdote quien debe darla á los niños, y no el maestro de escuela ni los padres.”—Decís muy bien: el Sacerdote, efectivamente, y solo él es el oficialmente encargado por la Iglesia para enseñar la Religion á los niños de su parroquia; pero los padres y los maestros tienen por *obligacion*, el ayudarle por todos los medios posibles en esta laboriosa enseñanza. Todo ha de contribuir á

ésta, tanto en el interior de la familia, como en el interior de la escuela.

Los niños, y especialmente los niños del pueblo, son atolondrados, poco dados al estudio; lo que quiere uno que sepan, es necesario hacérselo entrar en su inteligencia y su memoria, por todos los poros, á todo propósito. Si quereis hacer un cristiano de ese tontito de 8 ó 10 años, es preciso que pongáis en sus ojos, en sus orejas, en su lengua y en su memoria, todo cuanto pueda ayudarle á acordarse de las verdades, siempre un poco abstractas, que hacen el fondo de la Religión cristiana. En lugar de enseñarle á leer en yo no se qué libros insignificantes, enseñarle á leer en el Catecismo, en el Evangelio, en un resúmen elemental, como hay tantos, de la moral cristiana. Y aun con este socorro de todos los momentos, la Iglesia tendrá todavía trabajo en hacer penetrar bien á fondo las luces vivificantes de la fé en esa pequeña inteligencia: ¿pues que sucederá si la enseñanza de la escuela queda completamente fuera del pensamiento religioso, el cual es el único, y no nos cansaremos de repetirlo, es el único que tiene poder de hacer cristianos, es decir, verdaderos hombres de bien, hombres de conciencia, de corazon, de deber.

El maestro de escuela debe cooperar necesariamente, con todas sus fuerzas, á la grande obra de la educación confiada por Dios mismo á sus Sacerdotes. La enseñanza de la escuela debe seguir, ayudar, recordar la enseñanza del Catecismo. Sin esto, no hay educación sólida; ó, en otros términos, no hay cristianos, no hay verdaderos hombres de bien para el porvenir.

Todo esto es incontestable. El abatimiento desolador de la Francia actual, viene sobre todo, del olvido de la ley de Dios; y este olvido tiene, en gran parte, su origen en la enseñanza indiferente é irreligiosa de

nuestras escuelas primarias abajo y de nuestros Colegios arriba.

Luego la enseñanza de la escuela debe ser cristiana, como debe ser cristiana la educación.

En este gran trabajo de formación, el espíritu del niño no debe separarse de su corazon.

VIII.

TESTIMONIO NO SOSPECHOSO DE UN VIEJO REY DE PRUSIA QUE EN NADA CREIA.

Los enemigos de la fé de nuestros hijos se hallan aquí un adversario en quien ménos lo esperaban. Es el famoso rey de Prusia, Federico el Grande, el íntimo amigo de Voltaire, mas incrédulo, si puede serse más, y más exagerado que Voltaire. Este creia un poco en Dios y en el alma, en el bien y en el mal; pero, Federico, en nada creia él, y en su intimidad no le ocultaba sus sentimientos.

Pues bien, he aquí lo que el gran buen sentido social y político de aquel malvado de genio, le hizo proclamar é imponer á todos sus súbditos, en un reglamento general promulgado en Berlin el 12 de Agosto de 1763, en el pleno reinado del Volterianismo.

“Federico, rey de Prusia, etc.

“Desde el establecimiento de la paz, el verdadero bienestar de nuestros pueblos preocupa todos nuestros momentos (absolutamente como diria hoy el pia-

doso Bismarck), y como creemos útil y necesario poner el fundamento de ese bienestar, constituyendo una instruccion racional, tanto como *cristiana*, para dar á la juventud, *con el temor de Dios*, los conocimientos útiles:

“Art. I. Los niños de 5 á 13 ó 14 años, no podrán dejar la escuela *antes de estar instruidos en los principios esenciales del Cristianismo*, y de saber leer y escribir bien (1).

“Art. II. Los maestros á quienes la necesidad del trabajo obligue á ocupar algunos niños, serán seriamente advertidos de hacerlo de manera que esos niños no se separen de las escuelas *antes de saber leer bien, ni antes de poseer las nociones fundamentales del cristianismo* hechos que deben hacerse constar por certificados *del pastor* (2) y del maestro de escuela.

“Art. XII. Como los buenos maestros son los que hacen que las escuelas sean buenas, un maestro de escuela debe estar en condiciones tales, *que toda su conducta sea un ejemplo y que no destruya con sus obras lo que edifica con sus palabras*. Los maestros, más que cualesquiera otros, deben estar animados *de una sólida piedad*, y ante todo, *poseer el verdadero conocimiento de Dios y de Cristo*.

“Art. XXIV. *En todo lo que concierne á la escuela, el maestro debe apoyarse en los consejos y en los avisos de su pastor*.

“Art. XXV. Es nuestra expresa voluntad que, en ciudades y pueblos, visiten los pastores las escuelas establecidas en su jurisdiccion, dos veces por semana, ya

[1] Nótese cómo tiene el cuidado de poner aquí la instruccion religiosa en primer lugar. Esto, de parte de un hombre semejante, es muy significativo.

[2] No habla aquí sino del pastor luterano, porque en esa época toda la Prusia era luterana. El pastor es aquí ministro de la Religion.

por la mañana ó ya por la tarde, é interroguen ellos mismos á los alumnos”.

No es un Cura, ni un Obispo, ni el Papa, quien ha dado este decreto; es, lo repetimos en voz alta, un libre-pensador de primer orden, cuyos principios religiosos eran absolutamente los mismos que los de nuestros revolucionarios modernos más avanzados.

Era el buen sentido quien le arrancaba esas confesiones; era el instinto de la conservacion de la sociedad, de la familia y del orden público.

Los enemigos de la escuela cristiana pretenden que la superioridad de la Prusia viene de sus escuelas, y de su sistema de instruccion obligatoria. Que sean, siquiera una vez, lógicos consigo mismos, y no traten de ponernos el contraprinipio de lo que nos cacarean.

En Prusia, las prescripciones de Federico el grande han hecho ley *hasta 1872*; la instruccion cristiana y el respeto practico de la religion se consideraban, y con razon, como el alma de la educacion en las escuelas. Si los Prusianos tienen algo de bueno, allí lo han tomado.

Bismarck parece disponerse á cambiar todo esto: prohíbe hablar de religion en las escuelas; prohíbe que los niños se arrodillen, junten las manos para orar, etc. ¡Tanto peor para Prusia!

En el fondo, Bismarck y nuestros revolucionarios son de la misma escuela, y ved ahí, por qué esperamos que la Francia no querrá ser ni su juguete ni su víctima.